bre tiene cuando le ha sucedido otro cualquiera género de desdicha: perder la patria, vivir fuera della donde no le conozcan, y ofrecer á Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho á otros le hubieran castigado; que querer que los que agravió le sufran á él, y él no sufrir á nádie, no está puesto en razon; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle á él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos á Dios si se les pierde el alma. Finalmente, pasaron dos años deste suceso, al cabo de los cuales Lisardo consolado, que el tiempo puede mucho, salia en los calores de un ardiente verano á bañarse al rio. Súpolo Marcelo, que siempre le seguia, y desnudándose una noche, fué nadando hácia donde él estaba, y le asió tan fuertemente, que con la turbacion y el agua perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del rio. Esta fué la más prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sinó para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenia en el corazon la ofensa, mármol en dureza, dos años largos, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

GUZMAN EL BRAVO.

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario, y áun preciso, que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Ciceron hace una distincion de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querria caer en este defecto; pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querria perder derecho; que no es razon que vuestra merced me pague como Enéas á Dido, remitiéndome á los dioses, cuando dijo:

«Si el cielo á los piadosos galardona,
Si en ellos hay justicia, si conocen
Los ánimos, te den condigno premio.»

Fué opinion del filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

«Nádie, si el premio le quitas,
Abrazará la virtud.»

Y aunque la gracia siga al que la dá, y no al que la recibe, creo que habemos de

ser vuestra merced y yo como el caballero y el villano que refiere Faerno, autor que vuestra merced no habrá oido decir, pero gran ilustrador de las *Fábulas* de Esopo. Dice, pues, que llevando una liebre un rústico apiolada, así llama el castellano á aquella trabazon que hacen los pies asidos, después de muerta, le topó un caballero, que acaso por su gusto habia salido al campo en un gentil caballo, y que preguntando al labrador si la vendia, le dijo que sí, y pidiéndole que se la mostrase, le preguntó al mismo tiempo cuánto queria por ella. El villano se la puso en las manos, viendo que queria tomarla á peso, y le dijo el precio; pero apénas la tomó el caballero en ellas, cuando poniendo las espuelas al caballo, se la quitó de los ojos. El labrador burlado, haciendo de la necesidad virtud y del agravio amistad, quedó diciendo: «Que le digo, señor, yo se la doy dada, cómasela de balde, cómala alegremente, y acuérdese que se la he dado de mi voluntad, como á mi buen amigo.» Esto se ha venido aquí de suerte, que no era menester buscarle las aplicaciones de D. Diego Rosell de Fuenllana, un caballero que se llamaba alférez de las partes de España, y que imprimió un libro en Nápoles de *Aplicaciones*, que no deberia estar sin él ningun hipocondríaco; pues claro está que, fiando de vuestra merced estas novelas, me las corre. Y así, me parece que seria bien comenzar ésta, diciendo por la

pasada: «Llévesela vuestra merced, yo se la doy de mi voluntad;» si bien del villano á mí hay esta diferencia, que le engañaron á él sin entenderlo, y yo me dejo engañar porque lo entiendo.

En una de las ciudades de España, que no importa á la fábula su nombre, estudió desde sus tiernos años D. Félix, de la casa ilustrísima de Guzman, y que en ninguna de sus acciones degeneró jamás de su limpia sangre. Hay competencia entre los escritores de España sobre este apellido, que unos quieren que venga de Alemania y otros que sea de los godos, precedido deste nombre Gundemaro. Por la una parte hacen los armiños antiguos, y por otra las calderas azules en campo de oro; como quiera que sea, ellos son grandes de tiempo inmemorial, y en su familia ha habido insignes y valerosos hombres, como fueron D. Pedro Ruiz de Guzman, año de 1100, D. Alonso Perez de Guzman, principio de la casa de Medina-Sidonia, á quien su sepúlcro llama *bienaventurado*, y con otros muchos, dignos de eterna memoria; D. Pedro de Guzman, hijo del duque D. Juan I, conde de Olivares, que en servicio del emperador Cárlos hizo valerosas hazañas, á los cuales se puede sin ofensa poner al lado por su valor, ya que no por su gran estado. El referido D. Félix estudiaba, como digo, y perdone vuestra merced la digresion, que debo mucho á esta ilustrsima Casa, en la ciudad por donde tuvo pria

cipio la novela. Las partes deste caballero eran tales, que así los estudiantes naturales como los extranjeros le amaban con tanto afecto, que perdieran por él la vida, y no sentian el estar fuera de sus patrias. Hizo algunos actos con muestras de tan feliz ingenio, que no parecia de dia el que por la noche se hacia temer por su nunca visto esfuerzo, juzgándole comunmente por dos hombres, y no sabiendo cómo hallaba lugar la blandura mercurial del entendimiento con la fiereza marcial de la osadía. El pretendiente á quien defendia, segura tenia la cátedra, y aunque el retular de noche le costó algunas pendencias, de todas salió con victoria, aunque el exceso fuese exorbitante; que cuando al natural valor ayuda la buena gracia de la fortuna, no hay enemigo que ofenda ni resistencia que baste. Y en esta parte confieso que tengo á los caractéres de almagre por blasones de honra; pero en llegando á libelos infamatorios, tengo por cobarde al dueño y por mujer la mano. Dió fin á sus estudios, ó por lo ménos se le dió su inclinacion, que no le guiaba por aquel camino; esto sin inducir fuerza de estrellas, que Dios no crió al hombre por ellas, sino á ellas por el hombre, puesto que no salió don Félix sin ocasion de su patria.

Habíale llevado algunas noches en su defensa Leonelo, un caballero mozo, amigo suyo, á quien una dama de razonable calidad, pero de poca estimacion, habia dad

lugar en su casa; y como ella viniese á entender que quedaba D. Félix en la calle por tantas horas, y tenia inclinacion á su fama y lástima á su desvelo, fuera de que por la mayor parte las mujeres de aquel porte codician más lo que está en la calle que lo que queda en casa, rogó á Leonelo no permitiese que con tanta descomodidad pasase un caballero el tiempo que él se entretenia, pues fuera de ser término descortés, más daño haria á su opinion un hombre toda la noche en la calle, que dos dentro de casa. Licion es esta ya tan recibida, que no se ve un hombre en puerta ni en ventana por milagro, como se vian en otros tiempos, y creo que debe ser lo más seguro, si no es lo más honesto, porque las mujeres suelen perder más por un caballo á la puerta que por el dueño en la sala, y dice más un lacayo dormido que un vecino despierto; que los hay tales, que se desvelarán por ver lo que saben como si no lo supiesen. Hablaba un caballero de noche con una dama de las que no pueden abrir, aunque lo desean, y dió una vecina en frente en perseguirlos de suerte con los ojos, que ni ellos hablaban ni ella dormia. Valíase el caballero de traer una ballesta de bodoques, y desde una esquina, lo mejor que podia, la tiraba á tiento; porque con la escuridad de la noche no habia más coral que el deseo de acertarla. Viendo la vecina curiosa el peligro en que estaba de que la quebrase un ojo, y no dupiendo ocn

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

tenerse de no ver si hablaban y escuchar lo que decian, tomaba un caldero, y encajándosele en la cabeza, la sacaba por la ventana de suerte, que dando los bodoques en él hacian ruido, con que despertaba á la vecindad, y era fuerza que se fuesen. Consiguió Felicia fácimente que D. Félix la visitase, porque Leonelo sentia lo que por él pasaba y las obligaciones en que le ponia. Subió á verla en el hábito que le halló el estar de guarda, una cuera de ante sobre un jubon de tela, calzones y ferreruelo de paño, medias y ligas de nácar, sombrero de falda grande, sin trancelin ni toquilla, en la pretina el broquel y en las manos la espada. Era don Félix moreno; tenia más de agradable que de hermoso; cabello y bozo negro; gentil disposicion, adornada de notable talle; modestia y cortesía, no á la traza de la lindeza de ahora, con alzacuello de tela, que por disfraz llaman gola; horrible traje de hombres españoles. No hubo hablado un rato D. Félix con Felicia, cuando ella se prometió en su imaginacion que seria mujer dichosa si le conquistaba la voluntad, y de noche en noche se le fué declarando con los ojos, á hurto de los de Leonelo, que ya sentia la familiaridad con que se afratelaban. Esta voz, señora Marcia, es italiana; no se altere vuestra merced, que ya hay quien diga que están bien en nuestra lengua cuantas peregrinidades tiene el universo, de suerte que aunque venga huyendo una oracion bárbara de la

griega, latina, francesa ó garamanta, se puede acoger á nuestro idioma, que se ha hecho casa de embajador; valiéndose de que no se ha de hablar comun, porque es vulgar bajeza. Despues de muchas determinaciones y dudas, Felicia escribió así:

«Parece que se desentiende vuestra merced »de los principios, que creí habia merecido »que me correspondiese, pues cada dia me »va mostrando ménos voluntad; debe de ser »que con más trato ha conocido los defectos »de mi persona y entendimiento. Con todo »eso, le suplico que, como caballero, favo»rezca á una mujer á quien ha dado ocasion »para este desatino, si es bien que se dé »este nombre á los efectos de tal causa.»

Admiróse D. Félix del papel de Felicia, porque, aunque algunas veces conocia que sus favores excedian del justo límite de una voluntad doméstica, no creyó que llegaran jamás á determinacion tan loca, y respondió así:

»La misma obligacion de caballero me ha »enseñado qué respeto se debe á los ami»gos, y en esta parte no podré usar de más »cortesía con mi voluntad que la que pide la »razon. Con esto será fuerza retirarme poco »á poco de dar más ocasion á vuestra mer»ced, porque ni el enemigo lo entienda, ni yo »deje de servirle en acompañarle, si excu»so algun peligro.»

Sintió néciamente Felicia esta repulsa, no le sucediendo lo que temia la vieja Dipsas.

cuando en la elegía octava de los *Amores*, de Ovidio, enseñaba la cortesana el arte de portarse con los galanes:

«No le consientas que padezca mucho;
Porque amor repetido muchas veces
Viene á entibiarse.»

Ella se encendió más con este desden súbito, y pareciéndole que en el primer combate, segura de lo que puede la porfía, escribió así:

«En el siglo de los caballeros andantes »se debia, Sr. D. Félix, de usar esta lim»pieza de trato; que en éste el más falso es »más discreto, y el más desleal más gusto»so. Deje vuestra merced esa fidelidad para »Amadís de Gaula, que su amigo no lo ha »de saber para agradecérselo, ni yo el te»nerme en poco. Vuestra merced está obli»gado en razon natural á ser mio, porque »me lo ha quitado el gusto de Leonelo, de »quien no le tendré en mi vida, y no es ra»zon que los pierda á entrambos.»

Pesóle á don Félix desta locura tan declarada, y aunque estuvo determinado á no responder porque no volviese á escribirle, la escribió así:

«Siempre se usó en el mundo, señora Fe»licia, el término que en todas las ocasio»nes los caballeros se deben á sí mismos; si »la falsedad es discrecion y la deslealtad »gusto, serán hijos bastardos de la nobleza, »que quien como yo la heredó de sus pa»dres, no sabe más leyes en el mundo que »las de la honra; y quien vende á su amigo, »no la tiene.»

Destas en otras epístolas vino á desengañarse el antojo desta necísima señora, porque sólo á los hombres es permitida, amando, la porfía; que las mujeres no han de imitarlos en semejantes acciones, ni obligarlos con la blandura de sus palabras á cometer bajezas. Pero es notable la condicion de amor, que al contrario de todas las cosas, que se corrompen para volver á engendrarse, pocas veces deja amor de dar el último paso sin que el primero que le sigue no sea el ódio. Comenzó Felicia á aborrecer á don Félix, y como ya no le miraba ni hablaba como solia, vino Leonelo en sospecha de que por alguna novedad se guardaban dél. Persuadió á Felicia con los extremos de los celos á que le dijese la causa, y ella, aprovechando la ocasion, le dió á entender que don Félix la solicitaba, y enseñándole los papeles que le habia escrito, los rompió luego. Bastóle conocer la letra al engañado mozo, y quejándose de la deslealtad de su amigo, como si fuera cosa no sucedida, siendo tan usada, que ya los hombres, si son discretos, solo se han de guardar de sus amigos, intentó satisfacerse, deseándolo Felicia para perderlos á entrambos.

Habia venido á esta ciudad un caballero de otro reino, llamado Fabricio, con quien Leonelo comenzó nueva amistad; y se fué

poco á poco desviando de la que tenia con D. Félix, no sin conocimiento suyo, porque el semblante dice luego lo que pasa en el corazon, que con ser tan amigo, nunca le guardó secreto: ejemplo que deberian tomar los hombres, que pues la cara no le guarda á su mismo principio, no hay que tener confianza de lo que está tan fuera del corazon, que por instantes se muda. Con esto ya Leonelo decia mal de D. Félix; ¡Dios nos libre de enemistades de amigos! Y como hay tantos que tienen por amistad dar pesadumbres, arrieros de palabras, que las traginan de un lugar á otro, llegó á noticia de don Félix, que le escribió esta carta. Y si le parece á vuestra merced que son muchas para novela, podrá con facilidad descartar las que fuese servida:

«Despues que vuestra merced se fué se»cando de voluntad conmigo, entré en sos»pechas de que seria con causa; y como no »la ha dado á tan áspero término, díme por »olvidado de vuestra merced, en que estuve »engañado, pues me dicen que se acuerda »de mí, donde quiera que se halla, con mé»nos amistad que le merezco; lo que le su»plico sea servido de excusar, porque de otra »suerte haré cargo á vuestra merced de tan »grande ingratitud.»

Leonelo, que estaba dispuesto, como la leña seca á recibir la llama, respondióle:

«Cuanto yo he hecho nace de justa cau»'es pues no lo puede ser mayor entre ami»gos que la deslealtad; haré lo que manda, »por no acordarme de quien ha pagado mi »amor con poner al suyo donde sabe.»

Admirado, y justamente, D. Félix disculpaba á Leonelo, conociendo que Felicia le habia engañado, treta ordinarísima en las mujeres; y no hallando remedio para que esto no quedase sin la satisfaccion que merecia, se resolvió á que tratase un amigo de los dos á dársela de su parte, á quien Leonelo respondió: «Decid á D. Felix que yo he visto cartas suyas, y que bien sabe que conozco su letra.» Don Félix, dando lugar á la ira, contra su natural modestia, partió en casa de Felicia, é iba tan ciego, que con haber topado en la misma calle á Leonelo, no le vió, y se entró furioso por la puerta hasta el estrado de Felicia, que se levantó con notable alegría á recibirle en los brazos. Leonelo le habia seguido y puesto detrás de un paño. «No vengo á eso,» dijo entónces don Félix con airado rostro. «¿Pues á qué, señor mio?» respondió Felicia; y sin dejarle hablar, le tomaba las manos y le hacia amorosas caricias y regalos. Desatinado Leonelo de lo que via, y no entendiendo el ánimo de D. Félix, entró por la sala metiendo mano á la espada, y diciendo: «Así se ha de castigar á los traidores.» Volvió de presto don Félix, y como hay ocasiones que dar satisfacciones de la verdad parece cobardía, sacó la suya, y habiéndose afirmado, le dió una estocada por los pechos, de que cayó muer-

to. Las voces fueron las ordinarias, la justicia la que siempre, las diligencias las que suelen; Felicia halló sagrado. Déme licencia vuestra merced para dejar este muerto, é irme con el famoso Guzman, que ya comienza á ser bravo, por esos mundos adelante.

Habia determinado Selin, gran turco en este tiempo, con su bajáes, que en aquella edad en toda Europa concurrieron valientes hombres, así cristianos como bárbaros, tomar la isla de Chipre. Fué Mostafá capitan general de su armada, que á fuerza de armas, con estupendo estrago de los que la defendian, la tomó, habiendo muerto á Nicolao Dandulo, Julio Romano y Bernardino. Desde allí fué Mostafá á Famagusta, y Piali-bajá se volvió con la armada á Constantinopla. Despues desto habia salido Ochalí de Negroponte, y llevando mil cautivos de Corfú, Candía y Petimo, con no menor estrago del Zante y la Cefalonia. Desde allí sitió á Cataro con un ejército de turcos, que vino á socorrer por tierra. Defendióla valerosamente Mateo Bembo, veneciano, que era de su República. La cristiandad, alborotada toda con la braveza de Selin, cuyas victorias no refiero, que no son de mi propósito, determinó oponerse al enemigo comun, honrándole en juntar sus fuerzas contra las deste bárbaro, el sacro pastor de Roma, padre universal de la Iglesia, Pio V, de felicísima memoria, el Rey de las

Españas Felipe II, y el prudente Senado de Venecia. Fué general desta santa liga aquel mancebo ilustrísimo, honra y gloria de nuestra nacion, el Sr. D. Juan de Austria, á quien ayudó el valor y envidió la fortuna. Llevó consigo este heróico príncipe á esta empresa á nuestro D. Félix, por órden de D. Pedro de Guzman, mayordomo de Felipe II y padre del gran D. Enrique, embajador que fué en Roma y virey en Sicilia y Nápoles, condes de Olivares entrambos, que es tanto lo que les debo, que aún en esta novela me alegro de nombrarlos, pues fueron abuelo y padre del que hoy con tanta felicidad honra y premia las armas y las letras.

Nec nos ambitio, nec nos amor urget habendi.

Ya vuestra merced tendrá perdonado el verso por lo arriba contenido, y sabrá que nuestro D. Félix era soldado en la batalla naval tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla, ni á vuestra merced escucharla; y aunque para esta ocasion pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fué tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con ménos cuidado. En esta ocasion, como dicen que ha de decir nuestra lengua, hizo con una espada y rodela tan notables cosas D. Félix, que allí se le confirmó el

nombre de Bravo, y rindiendo una galera, sacó veinte y dos heridas de flechas y cuchilladas, que á quien le via ponia espanto, porque en las flechas parecia erizo y en las cuchilladas toro; y nó de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron á curar y milagrosamente tuvo vida. Acuérdome en esta ocasion de aquella pintura famosa que hace Lucano de Casio Sceva, de quien escribe el Emperador Julio César, en el libro tercero de sus *Guerras Civiles*, que sacó en aquella memorable batalla el escudo pasado por doscientas treinta partes, y afirma haberle visto; persona debia de ser de crédito, pues fué señor de Roma, que lo era entónces del mundo; mas no diremos por D. Félix lo que por Sceva Lucano:

«Dichoso tú por tan heróico nombre,
Si huyera de tus armas el teutonio,
El ibero ó el cántabro;»

pues no empleó las armas en las guerras civiles, sinó contra enemigos de la Iglesia y de la patria, ensoberbecidos con tantas victorias, tan sangrientos sacos y tan injustos robos sobre las aguas pacíficas del Archipiélago. Pusieron al serenísimo D. Juan de Austria dignas estátuas por este vencimiento, que desde entónces ha tenido á sus piés la indignacion del Asia, una de las cuales vive en Sicilia, si bien mayor es la inmortalidad de las historias, donde no acabará jamás la memoria de su nombre; que los bronces y los mármoles están sujetos al tiempo, pero no alcanza su jurisdiccion á la virtud magnánima. Convaleció D. Félix, y con el nombre de Bravo vivió en Nápoles algunos dias con justa estimacion de aquellos príncipes, hasta que pasó á Flandes, donde con no menor nombre continuó sus hazañas y su fama por algun tiempo. En él se le ofrecieron algunos desafíos con diferentes armas, de que salió laureado con general aplauso de muchas naciones, que á tales espectáculos concurrian, así del ejército como de otras partes. Allí, á la traza de aquel ilustre mancebo, Cháves de Villalva, que venció en Roma en público desafío á aquel tudesco de las grandes fuerzas, en defensa de la antelacion á otros reyes de Fernando el Católico, le tuvo D. Félix de Guzman con un capitan flamenco, que le pidió que señalase las armas, y él hizo fabricar unas porras de cuatro arrobas, que apénas pudo levantar del suelo el contrario, y él esgrimió á una y otra parte, con espantosa admiracion del ejército. Bien sabe vuestra merced que siempre le suplico que adonde le pareciere que excedo de lo justo, quite y ponga lo que fuere servida. Pesadas son estas armas, pero por eso no las ha de llevar el lector á cuestas; y esta no es historia, sinó una cierta mezcla de cosas que pudieron ser, aunque á mí me cer-

tificaron que eran muy ciertas, y como dijo el poeta antiguo castellano:

«Las cosas de admiracion
No las cuentes,
Porque no saben las gentes
Cómo son.»

Cierto que tiemblo de decirlas, pero la fuerza deste caballero fué tan grande, que facilita el crédito. Todos conocimos á D. Jerónimo de Ayanza, Hércules español, de quien hay una alabarda en la recámara del Marqués de Priego, en Montilla, cuya punta hizo lechuguillas, y lo dice el soneto á su muerte:

«Luchar con él es vana confianza,
Que hará de tu guadaña lechuguillas.»

Y hoy tenemos con diez y nueve años á Soto, que ha tirado con cuatro arrobas de peso, y detiene un carro, y por quien dijo una dama:

«¿Qué hará cuando mayor?»

Pasando á Valencia á los casamientos de Felipe III, que Dios tiene, ví un labrador, que llevó consigo á Nápoles el Conde de Lémos, que habiendo levantado entre muchos hombres una coluna que de unas ruinas de unos arcos estaba en tierra, se la ató con una soga á las espaldas y la levantó tres dedos, agobiando el cuerpo. El temor que me dá el mentir, aunque no sea cosa de importancia, me ha hecho traer estos ejemplos.

Vuestra merced tenga en opinion á la naturaleza, que sabe hacer destas cosas para ostentacion de su poder, aunque pocas veces. Y ¿para quién no es mayor milagro una mujer hermosa que un hombre fuerte? pues el que más lo es, podrá vencer un hombre, y la hermosura rinde cuantos mira. Un ingenio grande comprehende los secretos de la naturaleza, ayuda la vida en peligro por la enfermedad del sujeto, penetra las cosas altas, describe el mundo, da términos á las ciencias y leyes á las Repúblicas, que no lo harán todas las fuerzas de los hombres. Y así pintó Luciano retórico aquella prosopografía de Hércules con el arco en la mano siniestra, la clava en la derecha, y en la boca aquellas cuerdas con que llevaba aprisionados innumerables hombres, para dar á entender que nó con las fuerzas ni las armas los habia vencido, sinó con la elocuencia, diciendo:

«Den ventaja las armas á la toga,
Porque atrae los duros corazones
La elocuencia á su voto.»

Bien descuidado estuvo algunos años en Flandes Guzman el Bravo, cuando ya, cerca de partirse, le encomendo un soldado amigo un paje destos que llaman regachos, con su capote de cintas, sombrero grande, vuelta la copa á la falda, con medalla y plumas, no mal hablado, y ligero de piés y lengua para cualquiera cosa. Fuése á Ale-

mania con unas cartas para el duque de Cléves, que estaba junto á Dura, lugar famoso por la expugnacion de Cárlos V con cuarenta piezas de campaña, que hay fama tambien por las desdichas. No pudo este soldado llevar el paje que digo, que se llamaba Mendoza, respeto de ser el camino largo y áspero, y haber de atravesar aquella selva que está entre el Rhin y la Ruta, llena de fragosos montes en cuya caza el Duque se entretenia por la diversidad de animales; que la abundancia de sus frutos y amenidad de sus arroyos cria hasta caballos salvajes. No mostró tristeza el paje de perder su antiguo dueño, ó porque le esperaba volver á ver con brevedad, ó porque holgó de servir á un hombre de tanta fama, que debía de tener el ánimo belicoso. Mas habiéndose ofrecido ocasion á D. Félix de ir á Malta con deseo de un hábito de aquella religion, á que se habia inclinado, quiso tambien dejar á Mendoza, pero no fué posible, y llorando le pidió que no le desamparase, porque mientras estaba léjos de su patria, no le parecia que, sirviendo español, la habia perdido. D. Félix, que le estaba aficionado porque, entre otras gracias, cantaba y tañia con igual destreza, le llevó consigo, y habiéndose embarcado con otros pasajeros en un navío, tomaron la derrota de Malta por el mar Líbico; pero sobreviniéndoles una tempestad furiosa, anduvieron perdidos algunos dias, sin poder tomar

el Peñon de Vélez donde la soberbia de las ondas los arrojaba. Era ya lugar de cristianos, que D. García de Toledo se le habia quitado á los moros de la Gomera con una armada de que le hizo capitan Felipe II, para reprimir la furia de los marítimos cosarios; pero, por diligencias de los pilotos y favor de los pasajeros, que todos se ayudaban, como lo tienen mandado las leyes del peligro, no fué imposible tomarle; tanta era la furia con que el mar surtia de aquellas peñas, convirtiendo las ondas en espuma, y desviándola de que pudiese surgir al contrario del peñasco de Polifemo, que le acercaba á tierra. Aquella noche pensaron que se fuera á pique, porque llegó á su punto la soberbia del mar y la borrasca de agua, truenos y rayos, de suerte que parecia que entre dos mares se anegaba, aunque le sucedió lo que dicen de los dos venenos, que se impide el uno al otro. Finalmente, al alba reconocieron á un tiempo el cielo y la tierra, dando en la costa de Berbería, donde con gran peligro salieron con las vidas, y cautivos de algunos moros los llevaron á Túnez. Presto hallaron dueño los dos esclavos, rogando nuestro Guzman á Mendoza que no dijese su nombre, porque es sin duda que á saberle, ó no saliera jamás de cautiverio, ó fuera tarde. Tuvieron dicha en que á entrambos los compró un judío que sabia la lengua de Castilla, como quien en ella tenia deudos. No trataba mal

este hombre, cuyo apellido era David, á los nuevos esclavos, de quien pensaba sacar mayor ganancia é interés porque los habia comprado, que en su traza le parecian gente que escribiendo á sus tierras, vendrian por ellos. D. Félix se guardaba bien desta diligencia, porque sabia que siendo conocido, seria grande el rescate; que aún de sus fuerzas no osaba hacer desmotracion, porque por ellas no fuese ó estimado en más precio ó detenido. Tenia David una hija, hermosa como el sol; hispanismo cruel, pero de los de la primera clase en el vocabulario del novelar, porque si una mujer fuera como el sol, ¿quién habia de mirarla? Las comparaciones, ya sabrá vuestra merced que no han de ser tan uniformes, que pareciesen identidades, y así verá vuestra merced por instantes blanca como la nieve, hidalgo como el Rey, más sábio que Salomon y más poeta que Homero. Ella era hermosa últimamente, y no mal entendida; llamábase Susana, pero no lo parecia en la castidad como en el nombre, porque puso los ojos... aquí claro está que vuestra merced dice en D. Félix; pues engañóse, que era más lindo Mendozica, y habiéndole oido cantar, aunque entre dientes, en un huertecillo de su casa, le habia llevado el alma de suerte, que la señora ya era esclava de su cautivo. No le pesaba desto á D. Félix, porque con este nuevo amor los regalaba, y en las ausencias que David hacia á algunas

férias ó á Tripol y Biserta con sus mercaderías y cambios, eran ellos los señores y dueños. Ibase Susana á un jardin con sus esclavos, que no se recataba de D. Félix, porque ellos le habian dicho en secreto que eran hermanos, y habiéndole buscado un instrumento, rogó á Mendoza que cantase, y él comenzó así:

«Vengada la hermosa Fílis
De los agravios de Fabio,
A verle viene á la aldea,
Enfermo de desengaños.
A ruego de los pastores
Baja de su monte al prado
Que, como se ve querida,
Da á entender que la forzaron.
Eso mismo que desea,
Quiere que la estén rogando,
Que sube al gusto los precios
Amor conforme á los años.
Huyóse Fabio celoso;
Pensó Fabio hallar sagrado,
Pero hay estados de amor,
Que está en el remedio el daño.
¡Desdichado del que llega
A tiempo tan desdichado,
Que le matan los remedios,
Con que muchos quedan sanos!
En fin, á Fabio rendido,
Viene á ver su dueño ingrato
Alegre, porque es amor
En las venganzas villano.

No va sin galas á verle,
Aunque pudiera excusarlo,
Que la mayor hermosura
No deja en casa el cuidado.
Lleva de palmilla verde
Saya y sayuelo bizarro,
Con pasamanos de plata,
Si en ellos pone las manos.
No lleva cosa en el cuello
Que Fabio le hubiese dado,
Porque no entienda que viven
Memorias de sus regalos.
Joyas lleva que él no ha visto,
No porque le ha hecho agravio,
Mas porque sepan ausencias
Que no está seguro el campo.
Con una cinta de cifras
Lleva el cabello apretado,
Que quien gusta de dar celos,
Se vale de mil engaños.
De rebociño le sirve,
Para mayor desenfado,
El capote de los ojos,
Bordado de negros rayos.
En argentadas chinelas
Listones lleva, admirados
De que quepan tantos brios
En tan pequeños espacios.
Llegó Fílis al aldea,
Entró en su casa de Fabio;
Los pastores la reciben,
Como al sol los montes altos.
Dando perlas con la risa,

Extiende á todos los brazos,
Que gana mares de amor
Y da perlas de barato.
Apénas Fabio la mira,
Cuando á un tiempo se bañaron,
El alma en pura alegría,
Los ojos en tierno llanto.
No hablaron los dos tan presto,
Aunque los ojos hablaron,
Fílis porque no queria,
Fabio porque quiere tanto.
Cuando en esta suspension
Los dos se encuentran mirando,
A un tiempo bajan los ojos,
Como que envidan de falso.
Habló Fílis y tuvieron
Alma de coral sus labios,
Que ver humilde al rendido
Hace piadoso al vengado.
A Fabio culpa le pone,
Que es error hacer amando
Con la lengua valentías,
Si el alma no tiene manos.
El responde y se disculpa;
Que viendo cerca los brazos,
Pide perdon ofendido
Quien ama desengañado.»

En extremo estaba contenta la nueva Susana del donaire con que Mendoza habia cantado este romance, y preguntando á don Félix si era aficionado á la música, habló por él Mendoza, y le dijo que tambien le

ayudaba á cantar algunas veces. Deseó Susana oirlos, y ellos cantaron este diálogo, comenzando el uno y respondiendo el otro:

«Dáme, Pascual, á entender
Qué es amor; que quiero amar.
—Pienso que es todo pesar,
Pues nunca me dió placer.
—Extraña difinicion
Es la que de amor me das.
—De la causa no sé más,
Estos los efectos son.
—El principio quiero ver,
Pascual, del arte de amar.
—Pienso que acaba en pesar,
Aunque comienza en placer.
—Pensé escucharte, Pascual,
Mayores bienes de amor.
—Nunca su bien fué mayor,
Siempre fué mayor su mal.
—Díme lo que he de perder
Y lo que puedo ganar.
—Ganarás mucho pesar
Por el más breve placer.
—Silvia me mira con arte,
Porque luego se retira.
—No está el daño en que te mira,
Sino en que no ha de mirarte.
—Yo sé que hay gloria en el ver,
Si hay pena en el desear.
—No quiero tanto pesar
Por tan pequeño placer.»

El concierto de dos voces, mayormente alternándose, es el más suave en este género de música; y así le pareció á Susana, que todas las noches de la ausencia de su padre pasaba con este entretenimiento. Entraba acaso Mendoza en su aposento un dia que ella aún no se habia levantado; tenia los cabellos copiosos, largos y crespos, esparcidos por los hombros, no muy negros en color, aunque lo eran los ojos, con cejas y pestañas tan pobladas y hermosas, que, como eran soles, parecian sombras. No usaba afeites Susana, y así habia amanecido con los que le habia dado el sueño; un nácar encendido, que se iba disminuyendo con gracia, vencido de la nieve del rostro, compitiendo la mitad de las mejillas con los claveles de los labios, en cuya risa parece que se descubria sobre una cinta carmesí un apretador de perlas. Tenia una almilla de tabí pajizo, con trencillas de oro, sobre pestañas negras, tan ancha de las mangas, que al levantar los brazos descubria con algun artificio gran parte dellos. Quiso retirarse Mendoza, corrido del atrevimiento; pero llamándole Susana, volvió con medrosos pasos hasta la puerta. «Entra, dijo ella, y dí lo que quieres, que ojalá fuera yo... pero tú nó me quieres á mí.» «Señora, replicó Mendoza, ¿á quién debo yo querer como á tí? Porque, fuera de ser yo tu esclavo, y de tratarme como si tú lo fueras mia, por tí misma mereces que todos cuantos tuvieran entendimiento te amen.»